

DOMINGO I DE CUARESMA (CICLO A)

En este primer domingo de Cuaresma leemos el relato del pecado de los orígenes. Se trata de un fragmento de la Historia Sagrada que es conveniente meditar muchas veces. Hoy muchos niegan o ignoran la existencia de ese pecado, pero es suficiente observar a los niños y ver cómo surge en ellos la malicia para darse cuenta de que existe alguna anomalía. Lo que la filosofía no explica lo aclara la fe.

El hombre, que fue creado bueno por Dios, corrompió su naturaleza desobedeciendo. Es lo que hicieron Adán y Eva en el paraíso. La Biblia enseña que todos los hombres nacen con ese pecado, que es contraído, no cometido, aunque el Catecismo señala que ignoramos el modo de transmisión.

San Pablo pone a Jesucristo como nuevo Adán, en contraposición al antiguo que pecó en los orígenes. De la misma manera que por el pecado se introdujo la muerte, por Jesús nos ha venido una vida nueva. Esa vida nueva se muestra en el poder de Jesús sobre el pecado y el demonio. El Evangelio de hoy nos muestra a Jesús vencedor de las tentaciones. Eva fue engañada por la astucia de la serpiente, pero Cristo puso en evidencia las falacias del tentador. Ese poder de Jesús para derrotar al maligno y vencer todas sus seducciones es comunicado también a los cristianos. De ahí que el mal nunca sea obligatorio. En este sentido es bueno fijarnos en cómo funciona la psicología de la tentación.

El Génesis nos describe el itinerario por el que Eva primero, y después Adán, son derrotados. Escuetamente consiste en acercarse a la zona de peligro, dialogar con la tentación, cuestionar la bondad de los mandatos divinos y, finalmente, ser atraído por un bien caduco que antepone a la bondad de Dios. Rezar a partir de este relato puede ayudarnos a desarrollar estrategias para vencer la tentación. Aunque, al final, eso sea un don de Dios que hay que pedir, como hacemos cada día al rezar el padrenuestro: «No nos dejes caer en la tentación».

Darnos cuenta de la realidad del pecado original y de sus efectos en nosotros nos ayuda a reconocer nuestra debilidad. Sólo si somos conscientes de la realidad del pecado podemos comprender de qué somos salvados.

¿De qué nos salva Dios? Para responder a esa pregunta, es necesario antes hacerse cargo de la realidad del pecado en nosotros. Del pecado original no somos culpables, pero él ha dejado en nosotros una inclinación al mal que, si no vigilamos, nos lleva a cometer pecados personales. Estos nunca tienen excusa. Sin embargo, Dios nos ha dado algo mejor: su perdón. Cuando el hombre intenta justificarse, buscando eludir su responsabilidad, se cierra el camino para ser justificado por Dios. Es la experiencia que expresa el salmo de este domingo: solo el hombre confiesa su pecado, puede abrirse a la misericordia de Dios.

Lo decimos justo antes de comulgar, porque la comunión no es un derecho, sino un don, un regalo: “no soy digno de que entres en mi casa...”

Lo declaramos en cada avemaría: “ruega por nosotros, pecadores...”